

SER HISTORIADOR SOCIAL HOY EN AMÉRICA LATINA

Author(s): Mauricio Archila

Source: *Historia Social*, No. 83 (2015), pp. 157-169

Published by: Fundacion Instituto de Historia Social

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/24713327>

Accessed: 06-05-2020 22:04 UTC

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

Fundacion Instituto de Historia Social is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Historia Social*

Teoría y método

SER HISTORIADOR SOCIAL HOY EN AMÉRICA LATINA*

Mauricio Archila

COMIENZO por señalar que formo parte de la segunda generación de historiadores sociales en Colombia, país que describe una trayectoria disciplinar un tanto rezagada en comparación con las de México, Brasil o Argentina, pero más común de lo que se piensa en el conjunto de América Latina. En efecto, para los años 60 del siglo pasado la Historia se profesionalizaba en Colombia a partir de cambios institucionales que ya estaban en marcha en los tres países mencionados. Este proceso fue simultáneo con el creciente peso de la Historia Social –HS, en adelante– en nuestro oficio. En pocas palabras, en Colombia, como en general en América Latina, a diferencia de lo ocurrido en los países del norte, coincide la aparición de un historiador a tiempo completo, formado en teorías y métodos de la disciplina y que dispone de espacios institucionales –programas de pregrado y luego de posgrado, revistas y unidades académicas en las universidades– (Archila, 2006), con el impacto de la HS que se venía gestando en Europa y Estados Unidos, especialmente a partir de la revista *Annales* y del grupo de historiadores marxistas británicos (Casanova, 1991). Y aquí me ubico nuevamente en la segunda generación de historiadores sociales colombianos.¹ En el marco de la renovación de las ciencias sociales en el continente durante los años 60, en países como Colombia aparecen los primeros programas de pregrado de Historia que precisamente intentan dialogar con esas ciencias sociales. Surgen nuevas revistas disciplinares, como el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* –que cumplió en 2013 sus 50 primeros años–, que expresan proyectos y programas de investigación de ma-

* Este artículo es una reelaboración de la presentación hecha en el Primer Congreso Internacional de la Asociación Latinoamericana e Ibérica de Historia Social (ALIHS) en la Ciudad de México, en marzo de 2015. Agradezco a los jurados anónimos de la revista *Historia Social* las sugerencias para mejorar esta reflexión.

¹ En Colombia el padre de esa renovación historiográfica fue Jaime Jaramillo Uribe quien, después de su formación básica en la Escuela Normal Superior de Bogotá completó estudios de postgrado en Alemania y Francia, y a su regreso al país creó el primer pregrado en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. De allí saldría en los años 60 el grueso de la primera generación de historiadores profesionales que incluye, entre otros, a Germán Colmenares, Hermes Tovar, Margarita González, Jorge Orlando Melo, Jesús A. Bejarano, Salomón Kalmanovitz, Álvaro Tirado y Medófilo Medina, muchos de ellos considerados historiadores sociales (Archila, 2006).

yor envergadura. Las editoriales universitarias comienzan a publicar libros que solían tener el título de “Historia social de...”.² Eran reconstrucciones del pasado sobre dimensiones disímiles como la demografía histórica, los actores sociales, la economía, las ciencias y las artes o la vida cotidiana de épocas pretéritas (Archila, 2013).

En esos nacientes espacios institucionales se iba desplazando la historia tradicional de corte positivista y nacionalista, propia de las viejas academias oficiales y de los antiguos historiadores aficionados, para que fuera surgiendo una Nueva Historia.³ Como ocurrió con *Annales*, la renovación historiográfica en Colombia también fue una apertura no solo hacia las otras ciencias sociales, algo crucial para quienes impulsaban la HS, sino que rompía con el provincialismo de nuestros estudios sobre el pasado para mirar otras experiencias en un mundo crecientemente globalizado. Estudiar esa historia más científica y universal era también una forma, compartida por muchos de los jóvenes que nos estábamos formando a fines de los 60 y comienzos de los 70, de aportar a la transformación del mundo (Eley, 2007). Y eso era en gran parte lo que pretendía el programa de la HS, que sigue vigente aunque algunos de sus componentes hoy puedan parecer obsoletos,⁴ pues no en vano mucha agua ha pasado por debajo del puente de la diosa Clío.

En este ensayo busco reflexionar sobre lo que significa ser historiador social hoy en América Latina, para lo que es necesario preguntarse qué se entiende por HS y luego abordar el tema de validez actual de la categoría *clase*, algo que fue crucial en el programa inicial de ese enfoque histórico (Eley y Nield, 2010), pero que no da cuenta de toda la conflictividad social.

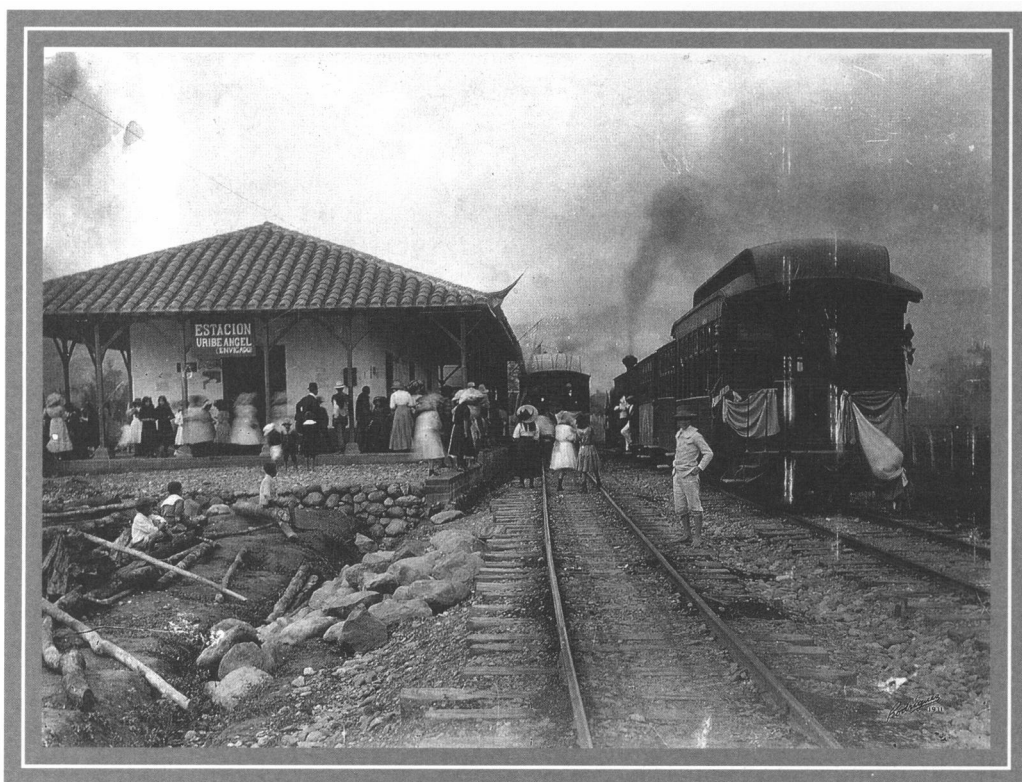
¿QUÉ ENTENDEMOS POR HISTORIA SOCIAL?

Hace unos años, en el dossier del número 60 de la revista *Historia Social* se hacía la pregunta que preside este acápite. Dentro de las muchas respuestas a las que haré alusión luego, Jorge Uría (2008) enumeraba una cantidad de temas que, si bien no son tantos como ocurre con la Historia Cultural (Serna y Pons, 2005: 15-16), sí muestran tal variedad que a veces sus acepciones van en direcciones opuestas. A modo de ejemplo van algunos de los temas enumerados por Uría: la vida humana; diversos tipos de sociedad, grupos y organizaciones; vida cotidiana, cuerpo, sexualidad y género; la familia; estratificación y estructura de clases; el trabajo; medios de comunicación; mecanismos sociales de consenso y de integración religiosa; cultura popular; formas de gobierno, revolución y cambio social; y un largo etcétera (Uría, 2008: 234). Se podría discutir la pertinencia de incluir temas propiamente políticos o culturales en su larga lista, y eso que no enumeró los socioeconómicos o los de historia social de las ciencias o del arte que también se asocian con la categoría que estudiamos. De alguna forma este recuento hace eco a la idea de Georges Duby, quien, a principios de la década de 1970 dijo que si la historia miraba al hombre en sociedad, toda historia debía ser social (Duby, 1976: 10). Era explicable esa amplitud como una forma de ubicarse en el concierto de las ciencias sociales sin perder identidad (Braudel, 1974), pero por lo común lo que se entiende por HS es más acotado.

² Tal fue el caso de Germán Colmenares con su reconstrucción de la economía y sociedad del occidente colombiano (Atehortúa, 2013).

³ Rótulo con la que se conoció en Colombia, pero que es impreciso pues no concreta donde estaba su particularidad, por lo que prefiero llamarla “historia universitaria”, ya que fue en ese ámbito institucional donde se desarrolló (Archila, 2006).

⁴ Me refiero a temas que se ampliarán en este artículo, como cierto determinismo estructuralista y un dejo teleológico que respiraba a mediados del siglo pasado, igualmente su apego a la objetividad como criterio de verdad, así como el compromiso militante que acompañó a muchos de sus practicantes.



Ferrocarril de Medellín, 1911

Eric Hobsbawm, en su ya clásico artículo de 1971, proponía tres acepciones que convivían bajo el amplio techo de la HS: el estudio de las clases bajas o los movimientos sociales; de las actividades humanas difíciles de clasificar y que se agrupaban en vida cotidiana; y de los aspectos socio-económicos (Hobsbawm, 1997: 71-72). Ante el riesgo de dispersión que tal variedad implicaba, y para precisar mejor el objeto de la HS, él proponía considerarla como historia de la sociedad, algo que recogieron los alemanes de la escuela de Bielefeld para señalar que no es una subdisciplina más sino un enfoque totalizante del estudio del pasado. Así, en su contribución a la citada revista española, Jürgen Kocka insistía que la HS siempre ha tenido una dimensión relacional con otras variantes de la disciplina y que también ha cambiado su significado a lo largo del tiempo (Kocka, 2008: 159). Pero se apresuraba a señalar que esto no significaba que todo tema histórico cupiera en la HS y la limitaba a cuatro rasgos: rechazo al individualismo metodológico; superación de la fragmentación; interconexión entre experiencias y estructuras; y, por último, la búsqueda de la explicación histórica (Kocka, 2008: 162). Como se ve, para el historiador alemán, la HS, más que cubrir un área temática o ser una subdisciplina, era una historia de la sociedad con renovados presupuestos epistemológicos y metodológicos.

No obstante, muchos historiadores sociales siguieron definiéndose por los temas o áreas de estudio. Así, Julián Casanova, en su clásico estudio sobre la trayectoria de la HS bajo la metáfora de cenicienta a princesa, coincide con las tres acepciones iniciales de Hobsbawm, pero agrega que la segunda se refiere a actividades distintas de las político-

militares, lo que muchos asocian erróneamente con una apoliticidad de la HS.⁵ Y en cuanto a la tercera acepción, le agrega que es una forma de hacer historia total, como se proponía *Annales* en sus primeras generaciones (Casanova, 1991).

Para algunos angloamericanos, las tres variantes de la HS tenían distintos énfasis temáticos y metodológicos. Harvey Kaye (1991), por ejemplo, hablaba de tres rasgos que la marcaban: diálogo con otras disciplinas, incorporando –no siempre con éxito– sus métodos; expansión de temas hasta copar casi todas las dimensiones humanas; y democratización del pasado asociada con la propuesta de historia desde abajo hacia arriba.⁶ Por su parte, Adrian Wilson (1993), en un libro que editó para repensar la HS, enumeraba tres versiones de ésta: historia del pueblo; la aplicación de conceptos derivados de las ciencias sociales; y la historia total o de la sociedad.

Es bueno detenerse acá en esta enumeración de acepciones de la HS para tratar de llegar al núcleo de lo que se entiende hoy por ella. Creo con Kocka (2008) que no todo es HS, pues hay elementos que delimitan su programa investigativo. Pero ciertamente es difícil acotarla en una sola fórmula. Parece imponerse un núcleo fuerte en torno a lo social, sobre cuyo contenido profundizaré más adelante, pero por ahora basta decir que se refiere a colectivos humanos como grupos y movimientos sociales o la sociedad en su conjunto. Esto se deslinda de otros énfasis que parecían converger en la HS. Lo socioeconómico, tan fuerte en la segunda generación de *Annales* y en los marxistas –británicos y de otros países– puede ser considerada mejor como Historia Económica. Algo similar ocurre con los estudios sobre la vida cotidiana, más desarrollados por la Historia Cultural. La historia social de las ciencias o del arte puede ser vista también como un desarrollo de la perspectiva externalista de esos estudios.

En cambio la relación de la HS con la política es más problemática, pero por ello mismo es más rica de lo que solía pensarse. Es cierto que la política era una de las *ídolas* que Francois Simiand pretendía atacar a comienzos del siglo XX, pretensión que heredaron los fundadores de *Annales*.⁷ Pero era una forma de hacer política referida a la acción institucional de los poderosos, no a la que adelantan de manera directa los sectores subalternos, bien recogida por la historia desde abajo, y más radical y recientemente por los subalternistas (Guha, 2002). Tampoco era la visión tradicional de la política: se trataba de lo político como escenario público de negociación de diversos intereses societales (Lechner, 1994), tema que debe abordar todo historiador que estudie las sociedades y sus grupos. Por eso se seguía pensando la política como un ejercicio exclusivo de unos profesionales alejados de sus representados. Pero hoy a la HS no se la puede tachar de apolítica o anti-política, sino que más bien de que agencia otro tipo de actividad pública más directa y participativa. Ahora bien, ciertamente no tiene como foco principal a los actores e instituciones tradicionales de la arena política. Más aún no falta quien la ataque por lo contrario: su orientación militante, generalmente asociada con el marxismo, como se verá luego.

El programa de la HS tenía connotaciones no solo temáticas o de contenido, sino epistemológicas y metodológicas, como también éticas y políticas. De ahí que se la asocie con una apuesta de fondo por el conocimiento racional moderno,⁸ que Eric Hobsbawm en

⁵ Según Patrick Joyce (1997: 343) esto se traducía simplemente en lecturas que salían del Estado –dejaban de estar centradas en él– para ir a la sociedad.

⁶ La expresión, como recuerda George Rudé (2000), era original del francés Georges Lefebvre y fue luego retomada por los marxistas británicos.

⁷ Las otras *ídolas* eran: lo individual, a veces asimilado a lo subjetivo, y lo cronológico que derivaba en la exclusiva atención a eventos aislados (Burke, 1993, 18-19).

⁸ Hacia allá se dirigen las concepciones de una historia científica o ciencia histórica, que les gustan a los alemanes de la escuela de Bielefeld (Eley, 2007). En la misma dirección va la relación de la HS con la sociología histórica, rama de esa disciplina que se acerca a la nuestra produciendo encuentros fructíferos, especialmente en

sus últimos escritos retomaba llamando a la construcción de un gran frente por la defensa de la razón (Hobsbawm, 2004). Esto significa que también debe ser entendida como una historia que es analítica y no descriptiva, y que apuesta por la explicación y no por la mera narración (Hobsbawm, 1997: 72-93). La pretensión de ser totalizante enlaza con aquella intención, aunque muchas veces esto fue derivando en una perspectiva estructuralista y abstracta, que paradójicamente negaba lo que se quería analizar: la historia de los grupos humanos. Por fortuna, esa desviación estructuralista fue fuertemente discutida por historiadores sociales como E. P. Thompson (1981), quien puso el énfasis en la acción y la experiencia de los sujetos históricos, quienes de esa forma labraban su destino. A pesar de este duro ataque, el estructuralismo incursionó en la disciplina y en parte preparó el terreno para el posterior ingreso del giro discursivo o lingüístico, que se alejó aun más de los sujetos de carne y hueso (Gunn, 2011).

Pero también la HS era una apuesta por una historia menos local y nacional, y más global o transnacional como hoy, en forma no del todo novedosa, se reclama (French, 2001). En parte, la apuesta por lo total no era solo para abarcar más dimensiones del pasado sino ámbitos espaciales cada vez más amplios hasta llegar a los sistemas-mundo. Aún la microhistoria no se apartaba del todo de este predicamento, pues abogaba por un cambio de foco, desde lo micro, pero para acercarse mejor a la totalidad (Ginzburg, 2014: cap. 8). Por eso la microhistoria, al menos como la conciben los italianos, no siempre coincide con la historia local.⁹

El programa de la HS pretendía igualmente ampliar los métodos y las fuentes para acercarse al pasado, en consonancia con lo que ocurría en las ciencias sociales cercanas. De ahí que se haya abierto no solo a lo serial y cuantitativo, sino también, y a veces contradictoriamente, a lo testimonial y cualitativo. Seguía pesando la difícil convivencia de tendencias tan disímiles en su interior como las que apuntaban a la Historia Económica o a la Historia Cultural.

Por último, la HS estuvo asociada a un compromiso político que nos movió a muchos a estudiar historia. Era una forma de acercarse a los grupos sociales excluidos que podrían transformar el mundo o, en términos marxistas, se trataba de articular la teoría con la práctica. Por su parte, Kaye (1991) la considera como un llamado a democratizar la lectura del pasado, haciéndose eco no solo de Lefebvre y Rudé sino del famoso prefacio de E. P. Thompson (1966) de sacar del olvido a los humildes de la historia. Así lo reconoce Juan Sisinio Pérez Garzón en el dossier ya citado, al hablar de que la HS implicaba un compromiso humanista por conocer mejor las sociedades pasadas para transformar las presentes. Claro que el historiador español precisa que hoy esto es lo más criticado del proyecto de HS pues, a su juicio, “desde las ciencias sociales (incluida la historia) no se puede cambiar el mundo” (Pérez Garzón, 2008: 201).

Tal vez hoy no sea políticamente correcto hablar de una historia comprometida, incluso pocos confesamos estar inspirados por el marxismo, pero seguimos estudiando a los humildes y vencidos del pasado. Cambiar el mundo hoy no implica hacer la soñada –o temida– revolución de los años 60 y 70, pero, como ha mostrado Hobsbawm en un libro al respecto (2011), sigue siendo cierto que el mundo que nos ha tocado vivir no es justo y no debemos dejar que se perpetúe. Quiérase o no, esa dimensión ética y política del quehacer como historiadores estará siempre presente, y más que ocultarla vergonzosamente hay que

lo teórico, pero que conserva la lógica epistemológica de la sociología en la búsqueda de leyes para explicar el comportamiento colectivo, algo de lo que desconfían los historiadores (Casanova, 1991).

⁹ El mismo Carlo Ginzburg (2014: 184) afirma: “la microhistoria, en resumen, no es un atajo [...]. La reconstrucción del contexto, la elaboración de preguntas sobre la base comparativa, implican un trabajo lento y fatigoso. Y es necesario que la historia local se renueve...”.

hacerla explícita, pues si algo combatieron las generaciones precedentes fue la supuesta neutralidad valorativa del positivismo. También somos intelectuales con valores, intereses y anhelos utópicos.

Hasta este punto he tratado de llegar al núcleo de la propuesta de HS entendiéndola como una apuesta por el estudio de los grupos excluidos de la Historia, que se acerca a las ciencias sociales para tratar de hacer una explicación de ese pasado que contribuya a pensar un futuro distinto. Pero la HS hoy es distinta de cómo la concibieron sus proponentes iniciales. Como señalaba Kocka (2008), entre otros, va mutando con el tiempo y tiene diversas implicaciones en los espacios regionales y nacionales en los que se desarrolla. Un problema para entender la HS hoy es caer en las visiones binarias polarizantes que han marcado su entendimiento y que tal vez oscurecen más que aclaran el panorama disciplinario. Me refiero a seguir pensando que la historia debe producir solo conocimiento racional, cuando hoy lo conjetural y emocional son también fuentes de saberes (Ginzburg, 2014). Advierto que con esto no estoy argumentando que la historia sea una forma más de ficción, pues con eso se destruye su fundamento epistemológico que es la búsqueda de verdades, así sean parciales, limitadas y disputadas. Me refiero también a entender a la HS como estudio de estructuras en contra de los eventos, cuando hoy se habla, por ejemplo, del retorno del acontecimiento significativo articulado a las estructuras que lo han hecho posible (Dosse, 1988: 272).¹⁰ Este rescate del acontecimiento es una de las tantas formas que hoy se sugieren para conectar los eventos aislados con lo estructura y así entender su mutua interacción.¹¹

Incluso la aparente negación de la HS a hacer biografías es solo aparente, no solo porque muchos de sus máximos exponentes las practicaron –Lucien Febvre sobre Rabelais, E. P. Thompson sobre William Morris– sino porque el individuo es también portador de estructuras sociales. Y aquí es apropiado traer a colación el sugestivo artículo de José Antonio Piqueras (2008) sobre la dimensión social en Robinson Crusoe. A pesar del ser el mito del individuo que se hace solo, Crusoe traía en su mente formas de organización y dominación de su tierra de origen y las va a reproducir con la naturaleza y con el otro ser humano que habita la isla, a quien termina subordinando. Por tanto no se puede decir que lo colectivo sea el único objeto de la HS, menos hoy cuando estamos redescubriendo las diversas subjetividades. Y así podría seguir enumerando los falsos dilemas de blanco o negro que impiden ver la escala de grises en los cuales se movía y se sigue moviendo la HS. Para llegar a algún puerto seguro hay que repensar lo social, cosa que haré a continuación desde la reflexión sobre la utilidad de la categoría clase para la Historia.

¿CÓMO ESTUDIAR LAS CLASES HOY SIN PERECER EN EL INTENTO?

Lo social no puede ser toda acción humana como postulaba Duby en la década de 1970, pues termina siendo un concepto demasiado amplio. Pero tampoco es satisfactorio acotarlo solo a los grupos o colectivos, ya que tiene el riesgo de cosificarlo.¹² Lo social no

¹⁰ Ginzburg (2014: 41), al respecto dice que “redescubrir el acontecimiento significa(ba) redescubrir al individuo dentro de la historia, más allá de las estructuras sociales, ambientales, culturales de larga duración, que sin duda existen y pesan dentro de la historia”.

¹¹ En forma más sofisticada William Sewell Jr. (2005: cap. 7), retomando la terminología del antropólogo Marshall Sahlins, propone pensar en estructuras de coyuntura –o eventos coyunturales con tales regularidades y lógicas que sugieren estar estructurados– y su inversa, una coyuntura de estructuras –en un evento pueden converger varias de ellas–. El trasfondo es que los eventos cambian las estructuras y paralelamente éstas los marcan.

¹² Aparentemente esta sería la concepción de Reinhart Koselleck (1993: cap. 5) al distinguir la historia social de la conceptual contraponiendo hechos y palabras. Pero, por fortuna, con los ejemplos que aporta muestra



Las chopoderas, Colombia, 1900

es una cosa ni un número de más de dos dígitos, pero tampoco es meramente un discurso como pretenden algunas corrientes posmodernas.¹³ William Sewell (2005: cap. 10), luego de un *excursus* por el origen del concepto, se decide por la acepción de “socios”, connotando relaciones entre individuos y entre grupos. Propone pensar lo social tomando elementos de la geografía humana, como entorno construido: la construcción humana del medio ambiente que a su vez limita y permite las prácticas; por ello, lo social simultáneamente perdura y cambia.¹⁴ A su vez, los historiadores sociales con alguna influencia estructuralista lo consideraban como la instancia mediadora entre lo material y lo espiritual.¹⁵ Por su parte,

no solo la complementariedad de ambas, por ejemplo en la común crítica a las fuentes –que son textos–, sino que no hay sociedades sin conceptos y estos se basan en sistemas sociopolíticos (Koselleck, 1993: 106).

¹³ Miguel Ángel Cabrera, por ejemplo, afirma que la acción social debe ser entendida ya no como determinada por una posición social –de clase– sino mediada discursivamente (Cabrera, 2001: 61). No obstante, coincidimos con él y con Patrick Joyce en que en ciertas vertientes del marxismo se naturalizó lo social como si fuera la esencia de lo “real” (Joyce, 1997: 342). Pero esta crítica no justifica que se de el salto a entenderlo solo como discurso.

¹⁴ El problema con la postura de Sewell es que termina muy cerca del giro lingüístico, pues lo social se asimila al lenguaje que, como toda práctica semiótica, también es un “entorno construido” (Sewell, 2005: cap. 10).

¹⁵ Parcialmente esa sería la visión de alguien como Braudel (1974), quien no simpatizaba mucho con la HS, a no ser que se proyectara en la larga duración como lo hacía la historia económica.

Kocka (2008) hablaba de lo social como una dimensión relacional con otras esferas de la vida humana. Así vamos superando una definición referida a un conjunto de temas o “cosas” para llevarla a una perspectiva epistemológica menos limitada.

Prefiero entender lo social como relaciones históricamente construidas entre grupos humanos en torno a la desigual distribución de bienes y servicios o ante el desequilibrio en el acceso al poder, es decir relaciones de explotación o de dominación.¹⁶ Por ende, son relaciones inherentemente conflictivas, algo que los seguidores de los giros cultural y lingüístico parecen haber olvidado, como señalan Sewell (2005) y Eley (2007). Pero el conflicto no siempre es abierto, no significa confrontación permanente y menos la aniquilación del antagonista. Según nos ha enseñado James Scott (2000), el conflicto comprende fases violentas y de aparente estabilidad, abarca la revolución y el orden.¹⁷

Entre tales relaciones conflictivas surgen las clases que expresan un tipo de identidad construida desde el diferente acceso a los medios de producción. En esto seguimos a E. P. Thompson, para quien la clase es una relación histórica construida desde una experiencia que media entre la explotación y la conciencia. Por eso, para él, la clase y la conciencia no son uniformes ni preceden a la lucha de clases, ésta es la que las genera y las configura históricamente. Esto significa que puede haber “lucha de clases sin clases”, como postuló para la sociedad inglesa del siglo XVIII (Thompson, 1979: cap. 1).¹⁸ Por supuesto que la propuesta thompsoniana arrastra muchos problemas, como el aparente descuido de lo estructural y externo a la clase en el proceso de formación, algo que el autor rebate afirmando que la clase se hace a ella misma tanto como es hecha desde fuera (Thompson, 1966). También ha sido muy criticada su imprecisión en el uso de la categoría experiencia (Anderson y otros, 2008), así como al equiparar –codeterminar, según Perry Anderson (1985)– la clase como tal y la conciencia de clase. Lo que aquí interesa es resaltar la concepción de clase como relación histórica que resulta de un conflicto en torno a la producción.

No todos los historiadores sociales comparten esta aproximación. Por fortuna hay muchos acercamientos a la noción de clase, pero lo que sorprende en algunos críticos de la HS, e incluso en algunos de sus practicantes, es la simplificación con que se acude a ella.¹⁹ Muchos no reconocen los matices que el mismo Marx aporta ante la noción de clase obrera: inicialmente la vio como resultado de la alienación, luego la desprendió de la división del trabajo y finalmente la ancló en la explotación, pero sin que se agotara en lo económico, pues le prestaba atención a su proyección política. Además, en Marx, la clase nunca

¹⁶ Como dice el sociólogo peruano Aníbal Quijano, la explotación (económica) requiere de la dominación, pero no toda dominación deriva en explotación. Se refiere, por ejemplo a la dominación racial o de género (Quijano, 2014: 95).

¹⁷ En esto se hace eco, sin reconocerlo, de la idea de Gramsci sobre una hegemonía que balancea coacción con consentimiento. Si solo hay coacción se llega a la dominación, pues para que exista hegemonía se requiere una cierta seducción de las clases en el poder para incorporar a las subalternas. Según la lectura que hace Ranjit Guha de este concepto, dentro del consentimiento pueden darse ciertas dosis de resistencia subalterna, pero no tantas que destruyan la hegemonía (Guha, 1997).

¹⁸ En ese mismo artículo él propone una metáfora ilustrativa para nuestros fines: los “campos de fuerza sociales” que, a modo del ejercicio escolar de unas limaduras que se van agrupando en torno a los dos polos de un imán, sirven para establecer los núcleos antagonísticos del conflicto en los distintos momentos históricos, así como las clases o sectores sociales que oscilan entre ellos (Thompson, 1979: 40-41). Es una metáfora dinámica que muestra como los conflictos y sus actores están en permanente cambio.

¹⁹ Por ejemplo Eric Van Young (2012), un juicioso historiador sobre México, critica la visión materialista de las clases por ser supuestamente reductora. Así dice que esa perspectiva rechazaría, por ejemplo, las creencias religiosas de alguien a quien llama Lázaro de Cuatla, como si fueran “un tipo de excrecencia inconveniente de sus relaciones con los medios de producción” (Van Young (2012: 12, la traducción es mía). Aunque no faltará quien haga estos reduccionismos, parecen ser ajenos a los historiadores sociales que rompieron con la dicotomía entre base y superestructura, y que no conciben la religión como mero epifenómeno de la base económica. Como se verá la clase no es solo algo material, tiene mucho de cultural y simbólico.

fue algo homogéneo y unitario, siempre la vio compuesta de capas y fracciones (Moreno, 2014).²⁰ Y ni qué decir de las diferencias entre las distintas corrientes marxistas en torno a la clase, pues algo va de la concepción vanguardista de Lenin, dogmatizada por el estalinismo, a la lectura estructuralista de Althusser o a la experimentalista de Thompson. Más aún, la clase obrera no es la misma de los inicios del capitalismo, con incipiente industrialización, a la de los tiempos recientes de globalización neoliberal. Y así ocurre con las otras clases, lo que no es sino una constatación de su historicidad. Fuera del marxismo hay otras lecturas de la clase que, si bien no se centran en el desigual acceso a los medios de producción, siguen remitiendo a relaciones conflictivas en torno a lo material, como es el caso de Bourdieu (1998) y de su estudio sobre la distinción social a partir de *hábitus* y gustos diferenciados por clases.²¹ Es decir, las clases existen, chocan y van a durar mucho más de lo que pensadores neoliberales o posmodernos quisieran.

Pero retornemos a nuestra pregunta sobre la utilidad de esa categoría para el estudio del pasado. Que Joyce (1997) diga que la HS estudiaba la clase desde una ortodoxia marxista que naturalizaba lo social, no sorprende; ni tampoco que Guha (2002) critique a prominentes historiadores sociales como Hobsbawm por ignorar el proyecto político subalterno; o que Joan Scott (2009), para defender la categoría género, tache a Thompson de practicar el esencialismo de clase mientras masculiniza el mundo del trabajo. Todo ello no es extraño, pues es consistente con la intención crítica de estos enfoques. Pero sí preocupa que por momentos lo hagan Nield y Eley (2010), quienes precisamente intentan rescatar la clase a partir de un difícil diálogo entre HS y posestructuralismo.²² Tampoco es cierto que la HS solo haya estudiado la clase obrera como afirman estos autores. Para los latinoamericanos está claro que las investigaciones sobre trabajadores asalariados no siempre fueron las más abundantes –otras clases populares fueron también atendidas y a veces en forma mayoritaria–. Igualmente, dudo del optimismo de John French (2001), quien en los años 90 del siglo XX afirmaba que, en contraste con los países centrales, los estudios laborales en América Latina estaban tomado fuerza.²³ Estudiar las clases y con ellas los conflictos sociales no está de moda, pero ese no es el criterio que debe guiar nuestros proyectos investigativos.

²⁰ Sobre la insistencia en tener una mirada no reduccionista de Marx, véanse Nield (2008: 175), y Burke (1997: 74). Aníbal Quijano también es crítico de las simplificaciones de Marx y reconoce que dicho pensador tuvo al menos dos enfoques de la clase: uno como resultado “natural” de fuerzas económicas externas y otro más histórico, fruto de las acciones humanas en contextos societales. El primero sería retomado por versiones “positivistas” dentro del marxismo –socialdemócratas o estalinistas–, y más claramente por el estructuralismo, mientras el segundo por autores como Thompson (Quijano, 2014: 80-89). Pero el sociólogo peruano insiste que en ambas versiones Marx mantuvo un reduccionismo eurocéntrico al ponderar solo las contradicciones de explotación en torno al trabajo, dejando fuera otras resultantes de la dominación étnica o sexual. Por eso llama a una clasificación social heterogénea e histórica que incluya la clase pero también el sexo, la raza y eventualmente la generación (Quijano, 2014: 90-96).

²¹ El caso de la concepción de clases como órdenes o estatus en Max Weber es diferente pues, al contrario de Marx, intenta minimizar los conflictos y ponderar la armonía (Burke, 1997: 77-78).

²² De acuerdo con la historiadora feminista canadiense, Joan Sangester (2008: 218-219), Eley y Nield parecen estar más cerca del posmodernismo que del marxismo. Por nuestra parte consideramos que el libro al que nos referimos versa más sobre ese diálogo que realmente sobre la categoría de clase. En el capítulo quinto, en el que asumen el reto de la vigencia de la categoría, al señalar que la clase hoy no es una “realidad objetiva” (Eley y Nield, 2010: 193), aceptan las implicaciones críticas del giro lingüístico aunque reconocen la importancia que tuvo el marxismo en la HS y su compromiso político. Esto último parece un saludo a la bandera.

²³ En el caso colombiano, esto es cierto para estudios laborales regionales y de género, no así los que incorporan la dimensión étnica; y, definitivamente, escasean las pesquisas en ámbitos más amplios, nacionales o globales, si excluimos el texto comparativo del norteamericano Charles Bergquist (1988). En cambio, el caso brasilero, sobre el que trabaja French, parece atraer el interés académico en tiempos recientes, en parte por el proceso político que allí se vive.



Campeños de Boyaca, Colombia, 1969

Digámoslo claramente: la clase como construcción histórica desde las relaciones sociales de producción es una categoría útil para estudiar las sociedades modernas y sus conflictos.²⁴ En efecto, investigaciones sobre obreros, campesinos, artesanos, vendedores ambulantes y trabajadores de la calle, empleados y capas medias, son parte de nuestro acervo histórico, así como también el estudio de los empresarios, hacendados, políticos, curas y militares.

Pero la clase entendida como una relación social en torno a la producción no da cuenta de toda la conflictividad de la sociedad moderna, por lo que acudo a la categoría de movimientos sociales, que defino como acciones colectivas con permanencia en el tiempo,²⁵ acciones opuestas a opresiones y desigualdades, en contextos espacio-temporales específicos (Archila, 2003: 74). Las clases son parte de dichos movimientos, pero estos trascien-

²⁴ Si bien para las sociedades distintas de la moderna occidental no siempre es posible hacer la lectura desde la categoría clase –por ejemplo para el periodo colonial americano habrá que pensar más en castas o estamentos–, sigue siendo válido mirar las “relaciones sociales” para detectar formas de dominación o explotación aún en épocas muy antiguas.

²⁵ Es decir, que trascienden los actos de protesta aislados e implican formas estables de organización, sin que esto implique estructuras centralizadas y verticales. Por el contrario muchos movimientos sociales hoy son redes horizontalmente tejidas.

den la explotación económica para disputar también las desigualdades y opresiones que se dan entre géneros, etnias y razas, generaciones, orientaciones sexuales, religiones, y otras dimensiones de lo social. Muchos de esos movimientos terminan siendo anticapitalistas –antisistémicos, en la concepción de Wallerstein (2008)– porque el capitalismo articula esas formas de dominación en su lógica de acumulación. Pero no necesariamente todos los movimientos sociales tienen ese carácter político, pues muchos se encuentran enfrascados en una lucha cotidiana contra las relaciones de desigualdad y opresión que sufren, sin cuestionar explícitamente el tipo de sociedad que las soporta. En la medida que se oponen a dichas relaciones injustas y las intentan superar, contribuyen a la causa emancipadora de los seres humanos en sociedades concretas.

Por último, desde mi perspectiva, los movimientos y las clases, especialmente la obrera, deben ser despojados de un deber ser fijado *a priori* por intenciones políticas y, en especial, de la exigencia teleológica de ser la vanguardia de una supuesta revolución. Más que seguir anhelando –o temiendo– la aparición de un sujeto revolucionario puro e incontaminado, lo que tenemos son hombres y mujeres que enfrentan exclusiones, opresiones y explotaciones en contextos espacio temporales específicos. Los movimientos sociales, y dentro de ellos las clases subalternas, no son revolucionarios o reformistas *per se*, simplemente reflejan las contradicciones de las sociedades modernas (Castells, 1997).²⁶

CONCLUSIONES

Después del recorrido por las distintas formas de entender la HS, y luego de señalar la utilidad de la categoría clase para el estudio del pasado y del presente, saquemos algunas conclusiones referidas a nuestro oficio en el continente. Creemos que la tarea del historiador social, y más en América Latina, es complejizar la reconstrucción del pasado de acuerdo con los matices que van surgiendo de los diálogos con otras disciplinas y con otras corrientes historiográficas (Anderson, 2008: 137).²⁷ Urge también descentrarla de la forma de conocimiento “científico” impuesto por la modernidad occidental a todo el orbe, a la par de la expansión capitalista. Hay igualmente que descolonizarla del peso de las academias del Norte, sin caer en cerrados chauvinismos o nacionalismos de viejo cuño (Santos, 2009). Debemos conocernos y aprender más, y hacernos más visibles en el entorno global. Esto implica que miremos más al Sur y conjuntamente con nuestros vecinos latinoamericanos, establezcamos diálogos e intercambios académicos más equilibrados y justos con los colegas del Norte, haciendo una apropiación crítica de lo que nos llega de allá. Y finalmente, es preciso apartar la HS de toda teleología, especialmente la que se monta sobre la idea de progreso, una versión secularizada del viejo anhelo judeo-cristiano de darle un sentido a la historia (Duby, 1976). Nuestras sociedades deben construir el futuro desde sus propias coordenadas y en ello los historiadores tenemos un papel crucial en descubrir las claves del pasado que han producido las sociedades presentes, tan cargadas de desigualdades e injusticias, pero también de anhelos y esperanzas.

²⁶ Para sociedades distintas o previas a la capitalista tampoco se puede aplicar mecánicamente el concepto de movimientos sociales que está ligado a la modernidad occidental (Touraine, 1994), pero creemos que sigue siendo válido el enfoque histórico de buscar relaciones sociales que conforman otros conflictos en “campos de fuerza sociales” distintos de los modernos.

²⁷ Eric Van Young (2012: cap. 7), con una terminología sugestiva y refiriéndose al caso de México, llama a la “colonización” de la historia económica por la cultural y social para fecundarse mutuamente, pero sin promiscuidad.

BIBLIOGRAFIA

- Amelang, James (2008), "En estado frágil", *Historia Social*, 60, pp. 131-138.
- Anderson, Perry (1985), *Teoría, política e historia, un debate con E. P. Thompson*, Siglo XXI, Madrid.
- Anderson, Perry y otros (2008), *E. P. Thompson, diálogos y controversias*, Centro Francisco Tomás y Valiente UNED Alzira-Valencia y Fundación Instituto de Historia Social Valencia, Valencia.
- Archila, Mauricio (2003), *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990*, Cinep/Icanh, Bogotá.
- (2006), "La disciplina histórica en la Universidad Nacional, sede Bogotá", en Mauricio Archila, Francois Correa, Ovidio Delgado y Jaime E. Jaramillo (eds.), *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación*, Universidad Nacional, Bogotá, pp. 175-205.
- (2013), "El Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, una joven revista que cumple 50 años", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 40: Suplemento 1, pp. 27-65.
- Atehortúa, Adolfo (2013), *Germán Colmenares, una nueva historia*, Universidad del Valle, Cali.
- Bergquist, Charles (1988), *Los trabajadores en la historia de América Latina*, Siglo XXI, Bogotá.
- Bourdieu, Pierre (1998), *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid.
- Braudel, Fernand (1974), *La historia y las ciencias sociales*, Alianza, Madrid.
- Burke, Peter (1993), *La revolución historiográfica francesa*, Gedisa, Barcelona.
- (1997), *Historia y teoría social*, Instituto Mora, México.
- Cabrera Acosta, Miguel Ángel (2001), *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Cátedra-Universitat de València, Valencia.
- Casanova, Julián (1991), *La historia social y los historiadores*, Crítica, Barcelona.
- Castells, Manuel (1997), *The Power of Identity*, Blackwell, Oxford.
- Dosse, Francois (1988), *La historia en migajas*, Edicions Alfons El Magnànim, Valencia.
- Duby, Georges (1976), *Historia social e ideología de las sociedades*, Anagrama, Barcelona.
- Eley, Geoff (2007), *A Crooked Line*, The University of Michigan, Ann Arbor.
- Eley, Geoff y Keith Nield (2010), *El futuro de la clase en la historia ¿Qué queda de lo social?*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia.
- French, John D. (2001), "El auge de los estudios sobre el trabajo en Latinoamérica", *Historia Social*, 39, pp. 129-150.
- Ginzburg, Carlo (2014), *Tentativas*, Desde Abajo, Bogotá.
- Guha, Ranahit (1997), *Dominance without Hegemony*, Harvard University Press, Cambridge.
- (2002), *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Crítica, Barcelona.
- Gunn, Simon (2011), *Historia y teoría cultural*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia.
- Hobsbawm, Eric (1997), *On History*, The New Press, Nueva York.
- (2004), "Reconstruir el frente de la razón", Discurso de cierre del coloquio de la Academia Británica sobre historiografía marxista del 13 de noviembre de 2004, consultado en Internet en junio de 2009.
- (2011), *How to Change the World*, Yale University Press, Yale.
- Joyce, Patrick (1997), "The End of Social History", en Keith Jenkins (ed.), *The Postmodern History Reader*, Routledge, Londres, pp. 341-365.
- Harvey Kaye (1991), *The Powers of the Past*, University of Minnesota, Mineapolis.
- Kocka, Jürgen (2008), "Historia social – un concepto relacional", *Historia Social*, 60, pp. 159-162.
- Koselleck, Reinhart (1993), *Futuro pasado*, Paidós, Barcelona.
- Lechner, Norbert (1994), "Nuevos perfiles de la política: un bosquejo", *Nueva Sociedad*, 130, pp. 32-43.
- Moreno, Sergio (2014), "Usos y desusos de la categoría de clase trabajadora en la historia social: ¿por qué insistir en la vigencia del análisis sociohistórico?", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 41: 2, pp. 291-327.
- Nield, Keith (2008), "Epistemología y mal humor en la historia de lo social", *Historia Social*, 60, pp. 171-176.
- Pérez Garzón, Juan Sisinio (2008), "Expansión y retos de la historia social", *Historia Social*, 60, pp. 201-206.
- Piqueras, José A. (2008), "El dilema de Robinson y las tribulaciones de los historiadores sociales", *Historia Social*, 60, pp. 59-90.
- Quijano, Aníbal (2014), "Colonialidad del poder y clasificación social", en Boaventura de Sousa Santos y María Paula Meneses (editores), *Epistemologías del Sur (Perspectivas)*, Akal, Madrid, pp. 67-107.
- Rudé, George (2000), *El rostro de la multitud*, Centro Francisco Tomás y Valiente UNED Alzira-Valencia y Fundación Instituto de Historia Social Valencia.
- Sangester, Joan (2008), "Historia social", *Historia Social*, 60, pp. 213-224.
- Santos, Boaventura de Sousa (2009), *Una epistemología del sur*, Clacso/Siglo XXI, México.
- Scott, James (2000), *Los dominados y el arte de la resistencia*, Era, México.
- Scott, Joan Wallach (2009), *Género e Historia*, Fondo de Cultura Económica, México.

- Serna, Justo y Anacllet Pons (2005), *La historia cultural*, Akal, Madrid.
- Sewell, William (2005), *Logics of History*, Chicago University Press, Chicago.
- Thompson, E. P. (1966), *The Making of the English Working Class*, Vintage Books, Nueva York.
- (1979), *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Crítica, Barcelona.
- (1981), *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona.
- Touraine, Alain (1994), *Crítica de la modernidad*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Uría, Jorge (2008), “La historia social hoy”, *Historia Social*, 60, pp. 233-248.
- Van Young, Eric (2012), *Writing Mexican History*, Stanford University Press, Stanford.
- Wallerstein, Immanuel (2008), *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, Desde Abajo, Bogotá.
- Wilson, Adrian (1993) (ed.), *Rethinking Social History*, Manchester University Press, Manchester.